

Zapatos

Elena Proietti



SEGUNDO PREMIO 2022

Zapatos

Elena Proietti

ZAPATOS

Aurora G.

Son ellos. Sí, los reconozco. Los vi mucho en estas temporadas.

A veces los ponen directamente en mi cara.

Tienen dos colores diferentes, pero la gente prefiere el negro. Me gustan de color morado, pero están de moda los negros. Durante algunos meses, han vendido una especie de variación, con rayas laterales de leopardo.

Zapatos. Cientos de zapatos. Miles de zapatos.

Pasan delante de mí como un enjambre de mosquitos, como una cascada brasileña.

Y calcetines. Disfruto mucho cuando veo los calcetines de las personas.

Me divierto más, sin embargo, cuando no tienen los calcetines. Y se forman ampollas extrañas cerca del tobillo. Y la gente finge caminar en línea recta pero lo veo, sí, veo cómo les duelen los pies.

Y cuanto más les duela, más sonidos raros de cuero y sudor harán sus zapatos.

Pies que te ponen en la cara o en la cabeza, a veces, especialmente los niños, los que vienen a jugar. Y yo los dejo jugar, no me rebelo: me gusta mi vida. Aunque así. Con los pies de los niños en la cara. Y me gustan los besos: besos de jóvenes amantes, que no tienen miedo de amarse entre la gente. Especialmente ahora, donde un beso es tan temido como un disparo.

Y me gustan especialmente los primeros besos. Cuando los dos se acercan tímidamente y se besan lentamente. Y los zapatos de ella comienzan a hacer círculos en el suelo. Y los zapatos de él comienzan a temblar.

Pero también me gustan las peleas, las tormentosas. Cuando él le grita que ya no la ama y ella le arroja un zapato. Y luego se miran, se ríen y comienzan a amarse de nuevo. Así entendí que, a veces, las personas aman lo que ya no tienen. Y que es así que dura una historia de amor.

Y me gustan las canciones. Los domingos siempre hay un grupo de viejos que cantan canciones canarias. Y se ríen, beben y cantan. Y detienen a las chicas jóvenes en la calle, preguntándoles si quieren cantar. Y no es malicia, no es algo malo: es solo el deseo de un poco de frescura. De juventud, de belleza. Porque las personas mayores aman la belleza, incluso solo para contemplarla.

Y me gusta cuando algún intrépido bailarín improvisa en medio de la gente, y los demás zapatos se detienen a observar sus pasos, mientras la música resuena frente a los palacios. Y los vecinos se quejan, porque odian todo ese ruido, y empiezan a tirar huevos y agua por las ventanas.

Y me encantan los golpes. Los golpes que hacen rodar los rostros de las personas. Y, desde el suelo, sus ojos me miran desconcertados y me encuentran allí, curvo, para limpiar mi pez habitual, un pez que ahora también es mi amigo porque nos hacemos compañía aquí abajo, agachados en el Paseo de Las Canteras. En una posición un poco incómoda, sí, es cierto, encorvado sobre un pez, incapaz de levantar la cara. Pero al final solo soy una estatua, no siento ningún dolor.

Me llaman el Pescador, y me colocaron en la calle Olof Palme, justo frente al mar. Y sí, me gusta mi vida. Me gusta ver todos estos zapatos pasar todos los días. Me gusta escuchar la música de las personas. Me gusta curiosear en los amores de los demás. Me gusta disfrutar de la risa de los buenos tiempos.

Pero hay una cosa que me hace sufrir un poco.

A veces siento una pequeña aguja que se pega en medio de los omóplatos, justo donde debería tener el corazón.

Me llaman el Pescador, pero nunca he visto el mar.

Nunca.

Ni siquiera el día que me inauguraron. Estaba dentro de una tela oscura, y luego la tela fue retirada.

Y ha habido días en que realmente me desesperaba.

Porque había demasiados zapatos que venían y llevaban consigo la arena blanca y el olor de la sal. Había demasiados niños que gritaban "¡qué olas!" y luego se escapaban, riendo. Había demasiadas parejas enamoradas que regresaban de la playa mojadas.

Pero me gusta, me gusta mucho mi vida. Realmente me gusta mucho.

Porque de noche, cuando la gente duerme y no hay parejas, ancianos, bailarines o niños y, sobre todo, zapatos, estoy solo en este Paseo. Y luego, después de que se hayan apagado todas las luces de las casas, el Mar comienza a hablar. Y habla solo conmigo. Y me cuenta sobre mundos desconocidos que permanecen ocultos bajo el agua. Y me deja escuchar las canciones de las sirenas y de los tritones. Y me dice que el mundo es un lugar pequeño hecho de mucha, mucha y mucha agua. Pero un puñado de zapatos decidió llamarlo "Tierra".

Y me cuenta que es el mismo grupo de zapatos que, cuando se hizo más numeroso, inventó la guerra, la tortura y las armas nucleares; esclavizó a los zapatos de diferentes colores e intentó exterminar a poblaciones enteras; caza y mata con sufrimiento a maravillosas criaturas que nadan en su vientre y que ahora casi han desaparecido; inunda ecosistemas enteros cuando se equivoca, y el petróleo se pega al agua y a toda la vida que muere en ella; quema sustancias que contaminan el aire y calientan el Planeta, jurando parar, mientras los glaciares se derriten y las especies mueren; arroja al mar objetos que aprisionan a las especies marinas, provocando su muerte por penuria; cultiva seres vivos dentro de jaulas de metal, porque no quiere enfrentarse a la realidad.

Los animales mueren y los que están en jaulas enferman.

Las verduras se están muriendo y las cultivadas están enfermas.

La comida de esta especie está podrida. Como el agua y el aire.

El equilibrio del Planeta está cambiando.

Hay muchos zapatos que hablan de estos temas en los restaurantes del Paseo de Las Canteras.

Algunos dicen que hay tiempo hasta 2050 d.C. para dar un cambio, entonces será demasiado tarde.

Pero cuando le hablo al Mar de estas cosas, se ríe.

«Falta menos. Mucho menos. Sabes, hace mucho tiempo yo también me enfadaba sobre estos asuntos.

Y cuando no podía controlarme, lanzaba tsunamis enteros a la Tierra de los Zapatos. Pero entonces descubrí que la ira es una emoción negativa, que genera “olas” de baja frecuencia que se registran como señales de lo que *quiero*. Y así, si me enfado, atraigo otra experiencia que me hace enfadar. No elegí yo la reglas, así es como funciona a nivel cuántico».

Y se ríe.

«Y entonces decidí que ya no me enfado. También porque, para ser sinceros, queda muy poco tiempo y lo saben. Y cuanto más lo pospongan, más corto será el tiempo. Y llegará un día en que todos esos zapatos acabarán en mi agua, con sus ciudades, sus coches y todos sus instrumentos de tortura. ¡Todos ellos bajo el agua! Todos hirviendo juntos...»

Y se ríe.

Y yo también me río. Porque no puedo esperar a conocer a mi amigo el Mar. Mirar sus profundidades, de las que tanto me ha hablado. Y algún angelote pasando por ahí, oliendo la arena. O esas algas de colores que son movidas por la marea, que parece el viento. Y alguna sirena, de esas traviesas, que roba las aletas de las tablas de los surfistas, que creen que son solo roca.

Pero sobre todo, para ver por fin su color y escuchar su silencio en la profundidad de su abrazo.

Y a veces, cuando la luz de la luna ilumina el camino, la voz del Mar se hace más fuerte y me cuenta de sus tormentas más famosas, las que han hundido más de mil barcos. O de hombres y mujeres extraordinarios que tenían un calzado especial para nadar en su agua y dedicar sus vidas a proteger la naturaleza.

Y así me relajo y me siento muy afortunado: el más afortunado de todos, en este Paseo.

Más afortunados que los zapatos negros y morados, que los niños que ríen, que los amantes que besan, que los viejos que tocan las guitarras y los jóvenes que se pegan. Mucho más afortunado que todos los bailarines del mundo. Porque de noche, cuando las luces de las casas están apagadas, cuando los zapatos duermen y los amantes se abrazan cansados, el Mar comienza a hablar.

Y habla solo conmigo, habla solo por mí: la antigua estatua del Pescador en la Calle Olof Palme.